

Resonancias del terruño.

Por Ramón M. Quesada.

Últimos días de Cartago.

V



DON RAMÓN MATÍAS QUESADA
AUTOR DE ESTOS ARTICULOS

A las 3 a. m. del día 5, la *ciudad noble y bel ciudad*, era una pequeña Babilonia: estaba á esa hora invadida por millares de personas, que habían llegado de la capital y de las otras provincias. Todos querían prestar sus servicios en la mejor forma posible, pero no había orden ni disciplina, y así cada cual se fué á donde pudo, y trabajó como quiso, á excepción de las cuadrillas que venían organizadas como la de carpinteros, que se dedicó á construir galerones en las plazas públicas, y la de zapadores á buscar personas heridas, recoger heridos y contusos, limpiar caños y acequias para encauzar de nuevo las aguas que inundaban calles y solares, y á cegar los excusados de pozo. Con este refuerzo se logró sacar todavía con alientos á muchos infelices que habían pasado toda la noche bajo los escombros.

A cada paso se presentaban los cuadros más horripilantes. Un arriero conduca una caravana de mueritos, que en su mayoría eran niños y ancianos, y como no

tase que un brazo iba arrastrando, se detuvo, y con la mayor impasibilidad lo ató con una cuerda de los paralelos, y colocó encima un saco que se le entregaba á mi presencia, con el cadáver de un niño mutilado.

Un hombre taciturno que conducía en sus brazos otro niño muerto, envuelto en una sábana, cruzaba silencioso por entre el hornigüeo humano, sin permitir que nadie le ayudase á llevar su carga, de que él no quería desprenderse hasta dejarla en el Campo Santo.

Sobre un montón de piedras y de palos, un anciano rodeado de su esposa y de sus hijos, permanecía en muda contemplación de su derrumbada choza, y cuando le pregunté qué tal le ha ido? me contestó con la mayor sangre fría, como si se tratase de algo que no le importaba: ¡sólo perdí un hijo!

Por las calles, obstruidas en varias partes, como si por allí hubiese pasado un torbellino arrasando casas y confundiendo hasta las señales de las propiedades, transitaban grupos con maletas, en busca de los trenes, para marcharse fuera de aquel teatro de desolación, sin cuidarse para nada de lo que dejaban atrás.

En la esquina noroeste del Parque, varios trabajadores sacaban las mercaderías de nuestro amigo don Felipe Martín y las amontonaban en el suelo, bajo los higuerones, mientras otros con febril empeño removían pesados bloques de calicanto, bajo los cuales estaba sepultado Alberto Alfaro, joven de ejemplar conducta y generalmente estimado por su índole suave y complaciente.

En el patio de una casa, los vecinos forcejaban por meter dentro del ataúd el cadáver rígido de un caballero, que presentaba la más angustiosa contracción de amargura en su amoratado semblante.

El popular y muy estimado Comandante, Coronel don Macario López Arias, mantenía con severidad el orden entre sus subalternos, disponía lo conducente para

la inhumación de los muertos que se habían llevado a la Plaza de Armas, atendida con solicitud á cuantos reclamaban sus auxilios, repartía herramientas y no se daba un momento de reposo. Aquél fué un empleado que estuvo á la altura de su deber en tan críticas circunstancias. Los ladrones que se cogieron infraganti, fueron maniatados y enviados á la capital, y lo mismo se hizo con los reos que estaban en la cárcel, los cuales salieron ilesos y fueron conducidos á pie hasta la Penitenciaría, por una guardia montada de paisanos voluntarios, que se hizo cargo de tan arriesgada comisión. El soldado Antonio Jázcara, fué el único muerto dentro de la cárcel. Se puede juzgar del pánico que se apoderó de los reclusos, por el hecho de no haberse fugado luego que fueron sacados de los calabozos, y donde la guardia habría sido insuficiente para contenerlos en un campo abierto.

Por su parte, el dignísimo cura, Dr. don R. Otón Castro, no sólo prestaba su auxilio material á los damnificados, sino que andaba de aquí y de allá, consolando á los atribulados ó dando á los moribundos los últimos auxilios espirituales. Como á su ministerio se presentaban muchos casos perentorios que resolver, apresuró los trámites del desposorio, y casó gratuitamente, en donde pudo, á multitud de parejas. En compañía suya, fui á ver á Rafael Angel Trovo, que agonizaba dolorosamente en el kiosco, en donde se había instalado el Cuerpo Médico, formado por distinguidos facultativos de la capital y de la extinta ciudad. Allí se hacían con toda solicitud las primeras curas á numerosos heridos y fracturados, que llenaban el recinto con sus quejidos y sus lamentos.

Del Hospital acababan de sacar muertos á varios asilados y á la abnegada Hermana de Caridad, Sor Vicenta: los inválidos se habían salvado todos! Caprichos del destino, dirán unos, misterios de la Providencia, exclamarán otros. Frente al Hospicio de Huérfanos, lloraban las religiosas Belemitas la pérdida de algunas de sus compañeras y de varias niñas confiadas al celo y dirección de ellas. Otro tanto sucedía en el Hospicio de Varones, donde los Padres Salesianos lamentaban el fallecimiento de algunos hermanos y sirvientes, y de tres huérfanos, y se preparaban á matar sin rumbo fijo, con más de un centenar de niños, que miraban

con horror aquel simpático asilo debido al humanitario desprendimiento de espíritus netamente cristianos.

La Cruz Roja y el Cuerpo de Ingenieros trabajaban con plausible diligencia en la repartición de vendajes, hilos, medicinas y provisiones, en la asistencia de los enfermos é inválidos, en la traslación de heridos á San José, y en el cumplimiento de las disposiciones acordadas para alojar tropa y familias desahuyadas, cuidar de la higiene y demoler inmediatamente en los lugares más transitados lo que ofrecía inminente peligro para los transeúntes.

Durante las primeras horas de la mañana comencé á saber detalladamente multitud de casos trágicos que había ignorado toda la noche, y sentí como una especie de remordimiento de no haber podido estar en todos aquellos lugares donde lo habría deseado, para cumplir, hasta donde me hubiese sido posible, con una obra piadosa de misericordia. Supe de un primo hermano desnucado en la acera de la iglesia de San Francisco por un bloque caído de la cornisa ó de la torre, y de una hermana de este infeliz, muerta en su propia casa por una pieza de madera. Simultáneamente me avisó de otra prima que estaba moribunda y que al fin expiró en el hospital de San José, con una costilla rota, por sacar á un niño que se había quedado en el interior de la casa; y de mi cuñada Angélica Blanco de Zavalata, que vivía en la calle del ferrocarril hacia el lado de Los Angeles, y cuya tremenda desgracia es de lo más horroroso que registra la inextinguible historia de esta catástrofe, como se verá á continuación.

Barbarroja y Barbacana.— Formalizaba el sitio de Garry el mariscal de Lesdignières, conde stable de Francia, cuando un oficial le hizo presente que aquella plaza no la había podido tomar en otro tiempo el famoso Barbarroja, á pesar de ocupar el río. Tenía entonces el mariscal ochenta años y contestó al oficial:

—No importa: Barbarroja no ha podido tomar á Garry, pero con la ayuda de Dios, Garry será tomado por Barbacana.

En efecto, la ciudad y el castillo fueron tomados en muy poco tiempo.